

HISTORIA SUCINTA DE LA PROCTOLOGÍA.

*Dr. G. Fernández Albor

Aunque etimológicamente la palabra **proctología** significa tratado de las enfermedades del ano (irgw-XTOS: ano), los médicos al pronunciar esta palabra nos referimos mas bien a las enfermedades del recto, y, cuando queremos incluir también las enfermedades del colon, hablamos de **coloproctología**.

En la antigüedad

Si la opinión de Etienne May de que el hombre tiene 600 000 años de vida, 6 000 de historia y sólo 200 de desarrollo científico es cierta para muchas ramas de la medicina, no lo es en absoluto en lo concerniente a la proctología, puesto que ésta fue tenida en gran consideración ya en los pueblos más antiguos, y todavía nos impresiona hoy el desarrollo alcanzado entonces, sobre todo en lo que concierne a determinadas técnicas quirúrgicas y a algunos aparatos utilizados en épocas bastante remotas.

Las primeras referencias que tenemos acerca de las enfermedades del recto proceden del Código de Hammurabi (hacia el 2200 a. J.C.), en donde se fijan los honorarios de los proctólogos, lo cual nos hace suponer que eran muy importantes. (Hammurabi era rey de Babilonia, de la dinastía Amonta, y mandó grabar en un cilindro de basalto las leyes de su país y, entre éstas, las del ejercicio de la medicina.) En el papiro de Tebas, estudiado por Jorge Ebers (1500 a. J.C.), y que representa una especie de farmacología de la época, pueden encontrarse muchas recetas para enfermedades del recto.

En los Evangelios es conocido el episodio de la mujer «hemorroisa» que curó Jesucristo. En el segundo libro de los Profetas se encuentra una breve descripción del prolapso rectal. En el Deuteronomio y en el libro de Samuel aparecen referencias concretas acerca de las hemorroides, consideradas como una consecuencia de la ira de Dios contra los Filisteos por haber robado el Arca de la Alianza tras su victoria contra los judíos: «La mano de Jahvé pesó grandemente sobre los de Azoto, y los desoló e hirió con tumores a Azoto y su territorio» (I Sam., 5,6.) «Los que no morían eran heridos de tumores y los desesperados gritos de la ciudad subían hasta el cielo»

(I Sam., 5, 12.)

En el Deuteronomio (Deut. 28, 27) puede leerse: «Jahvé te herirá con las úlceras de Egipto, con almorranas, sarna, tina, de las que no curarás. Jehová os castigará con úlceras, como castigó a Egipto, y os castigará también con hemorroides, de una picazón incurable, en la parte del cuerpo por donde la naturaleza rechaza lo que le sobra de su nutrición (Deut. 27, 27.)

Los médicos asiriobabilónicos (siglo xii a. J.C.) mencionan repetidamente esta enfermedad, atribuyéndola a obra de magia, de dioses o de demonios, sin que dejen por ello de esforzarse en encontrarle un tratamiento local. En las tablillas de escritura cuneiforme de la biblioteca de Asurbanipal se hallan datos curiosos acerca de este padecimiento.

En el antiguo Egipto, según Herodoto, la cultura médica estaba muy adelantada y especializada hasta tal punto que cada médico trataba una sola enfermedad y, naturalmente, existían médicos proctólogos y algunos con el pomposo título de «Oculista y guardián del ano del Faraón» (inscripción en la columna de Isi, Egipto. Imperio Antiguo, 3200 a 2750 antes de J.C.). Las hemorroides estaban muy extendidas por Egipto, y la tradición refiere que antes de que José fuese vendido como esclavo existían en el valle del Nilo, médicos especializados en su tratamiento. En el papiro Chester Beatty (1200 a. J.C.) se trata exclusivamente la materia proctológica. En 1926, se descubrieron estelas funerarias con inscripciones dedicadas a oculistas, dentistas y proctólogos.

Parece que los egipcios fueron influenciados por la primera civilización hindú (treinta o cuarenta siglos a. J.C.), cuyos conocimientos recogió y divulgó el gran Susruta. En las tablillas Akádikas de los siglos v a. J.C. se mencionan asimismo las hemorroides y las fístulas.

En el valle del Indo eran designadas bajo el nombre de «Arsa» y formaban parte, junto con las fístulas anorrectales, de un grupo de ocho enfermedades graves y de serio pronóstico: ascitis, lepra, blenorragia, distocias del embarazo, litiasis y tétanos.

Durante el período hipocrático (450-365 a. J.C.) la proctología tenía mucha

importancia y sus estudios estaban muy avanzados. De la fístula del ano se trata en el libro del Corpus Hipocraticum *Peri Syfeggon*, atribuido a Hipócrates según unos, y según otros a su hijo o a algún discípulo de aquél.

Respecto a las hemorroides, Hipócrates reserva este término para las hemorragias que provienen del ano (ama': sangre, y cfw: fluir). No sólo las aisló de manera clara, sino que las consideraba como una afección benigna y les atribuía el papel de emuntorio de la bilis negra (o «atrabilis», de ahí viene la palabra atrabiliaria), llamando la atención sobre las relaciones que las unían a las afecciones hepáticas. Su escuela mantiene esta definición y su doctrina, aunque posteriormente Aristóteles usa el término en el sentido de hemorragia y describe las hemorroides de la boca, y Celso, Aecio y Pablo de Egipto nos hablan de hemorroides del útero, de la vejiga, etcétera.

En el período grecorromano domina Galeno (131a. J.C.) el panorama médico de la época. En su libro de *Las Epidemias* nos dice que «las hemorroides, lo mismo que las varices, disipan los sufrimientos de la gota y los dolores de las articulaciones». En este concepto se descubre la influencia de la escuela hipocrática, lo cual no es extraño, pues el pensamiento humano pasó de Grecia a Roma. Galeno describió asimismo el «siringótomo», bisturí curvo con la extremidad abotonada y la concavidad cortante, que más tarde fue llamado «bisturí real» (con ocasión de la operación de fístula de Luis XIV). Galeno fue también el primer autor que describió los músculos del ano. Rufo de Efeso abunda también en este sentido.

Leónidas (s. i) demuestra que conoce las maniobras digitales e instrumentales del examen proctológico cuando dice: «en lo que respecta a las fístulas ciegas, dilatamos el ano como dilatamos la vagina de las mujeres, empleando el espéculo anal». Y en las ruinas de Pompeya, en la casa llamada «de los cirujanos», aparecieron muchos instrumentos proctológicos y dos tipos de espéculos, uno pequeño, o catoptro, para el recto y otro grande, o dioptro, para la vagina.

Celso escribió sobre las fístulas de ano y su tratamiento por los métodos de ligadura, incisión y escisión de los tejidos enfermos. (Hughes sostiene que hay serias dudas de que Celso practicase realmente la medicina.)

En Alejandría (s. ii) se divulgó ampliamente el método de las ligaduras con hilo de

lino para el tratamiento de las fístulas perianales, denominándose este procedimiento «apolinosis» (acción de ligar con hilo de lino).

Los árabes, según Sprengel, eran demasiado tímidos para aplicar los métodos quirúrgicos que los egipcios usaban para curar las fístulas de ano. Avicena aconsejaba hacer la ligadura con crines torcidas o pelos de cerdo que no podían entrar en putrefacción; decía que cuando las fístulas son seccionadas demasiado rápida y enérgicamente se originan generalmente convulsiones (j). Abul-Kasim, cirujano ya más atrevido, realizó con éxito la cauterización con hierro al rojo vivo que se deslizaba sobre una sonda acanalada.

Pablo de Egina (Paulus Aeginata) escribió un tratado de Cirugía aproximadamente hacia el 600 de nuestra era, y se refiere en él con interés a la fístula de ano.

En el período medieval (1096-1438) la cirugía adquiere gran desarrollo y el cristianismo inicia su obra de solidaridad humana propiciando la organización de hospitales y asilos para enfermos. Los conocimientos sobre las hemorroides se hacen más vagos, se pierde el término *hemorroides*, siendo reemplazado por el de «emorides», «amouranes», «amourrances», «amereaudes», etc., y además estos términos parece que se refieren más al conjunto de afecciones anales que al propio proceso hemorroidal en sí. En esta misma época san Fiacro (*Fiacre* en francés, *Fiachra* en celta), patrón de los jardineros, se convierte en el patrón de los enfermos de hemorroides, y esta enfermedad en el llamado «mal de san Fiacro».

El santo Patrón de la proctología.

¿Quién era este san Fiacro? Al parecer era el primer hijo de Eugenio IV, rey de Escocia (alrededor del año 600), que prefirió seguir la senda religiosa y marchó a Francia con su hermana Sira. Se estableció en la diócesis de Meaux (departamento del Sena y Marne), no lejos de París, cuyo obispo era san Faron.

Sira entró en un convento y a su muerte fue canonizada como una de las vírgenes santas de la Iglesia. Su hermano Fiacro llevó una vida de ermitaño en Breuil, en Brie, en un lugar que se llama hoy Saint Fiacre. No quiso regresar a Escocia para suceder a su padre en el trono y recibió las órdenes sagradas de san Chilain, noble escocés que

vino a su encuentro desde Roma. La fama de Fiacro se extendió rápidamente y acudía gente de todas partes y de todas las clases sociales a visitarle y, naturalmente, le llevaban también enfermos.

Como necesitaba un terreno mayor que el que tenía, se lo pidió a su obispo. La leyenda dice que san Faron estaba dispuesto a cederle todo el terreno que él pudiese conseguir en un día de trabajo cavando a su alrededor una zanja con una azada, y él consiguió una gran extensión de terreno, pues el trabajo de la zanja se hacía con solo pasar su bastón.

Como cultivaba el campo muy bien, obtenía espléndidos frutos y bellísimas flores, algunos le envidiaban y una mujer llamada Baguenaude lo acusó de sortilegio. Faron el obispo lo convocó para una indagación y lo sometió a la prueba de esperar el juicio de Dios, sentado en una gran piedra, frente a la iglesia, y así estuvo Fiacro durante varios días hasta que al fin, convencido el obispo de su inocencia, lo mandó volver a su ermita, y a la calumniadora mujer la expulsó diciéndole: « ¡Vuelve a tu rueca Baguenaude!» Y desde entonces «Baguenaude» significa en francés perder el tiempo diciendo cosas ociosas e inútiles.

La piedra en la cual el Santo estuvo sentado esperando el juicio de Dios se hizo blanda como la cera al recibir la impresión de su cuerpo. Este y otros milagros probaron su inocencia. Y de aquí nació la leyenda de que los que se sentasen en esa piedra curarían sus hemorroides. Du Plessis, en su *Histoire de L' Eglise de Meaux* (1731), aunque duda de la veracidad de esta historia, dice que «hace siglos que en el monasterio de Saint Fiacre se conserva una piedra sobre la cual quienes padecen hemorroides se sientan pudorosamente sin desnudarse ni levantarse sus vestidos», y asegura que varios hombres y mujeres obtuvieron por este medio una completa curación. San Fiacro murió el 30 de agosto del 670, y este día se celebra su festividad. Está enterrado en una capilla moderna en Saint Fiacre, en Brie, y es un famoso lugar de peregrinaciones no sólo para buscar remedio a las hemorroides, sino a las diversas afecciones anorrectales, intestinales y hemorragias rectales. Se dijo que Enrique V de Inglaterra (1413-1422) murió en Vincennes de la enfermedad de san Fiacro y que, a pesar de las oraciones al Santo, no se realizó el milagro. Algunos quieren ver en ello la prueba de su origen irlandés más que escocés.

Bossuet, un sucesor de san Faron en el arzobispado de Meaux, oró ante el relicario del Santo por el restablecimiento de Luis XIV durante la famosa operación de la fístula del rey (21 de noviembre de 1687). Y parece que también llevaron alguna reliquia del Santo a París para curar al cardenal Richelieu. San Fiacro fue asimismo el patrón de los labriegos y jardineros, y ésta es la razón por la cual aparece siempre con una azada en todas las efigies y grabados.

Hoy ha descendido el culto a san Fiacro, quizá porque las hemorroides se operan mejor. En aquel tiempo los métodos operatorios eran el de Aecio de Constantinopla («exteriorización de las hemorroides con un gancho y sección de las mismas con un cuchillo de ancha lámina») y el de aplastarlas y cauterizarlas con unas pinzas de hierro al rojo vivo. No es de extrañar, pues, que los enfermos prefiriesen hacer una visita al Santo antes de someterse a la operación.

Cirujanos y barberos

En Europa la cirugía, a pesar de todo, va adquiriendo un gran prestigio, lo cual hace que los clínicos envidien la amenazante hegemonía de los cirujanos y éstos a su vez desdeñen a sus rivales los barberos.

Los edictos de los hermanos de san Cosme (París) obligan a los cirujanos a llevar ropa larga y a los barberos ropa corta, organizando hacia 1210 un gremio cuyos miembros estaban divididos en «cirujanos-barberos clericales» y «barberos legos» o «cirujanos de ropa corta». A los primeros les estaba reservado el ejercicio de la cirugía; a los «legos» sólo les permitían sangrar y afeitar a los frailes (!) y les estaba estrictamente prohibido realizar actos de cirugía menor, sin ser previamente examinados por los «cirujanos de ropa larga». La lucha que emprendieron los barberos contra san Cosme fue tan sostenida que en el año 1372 se tuvo que permitir que los barberos pudieran intervenir en cirugía menor sin requisitos previos.

El edicto de Federico II (1224) así como la creación de las Universidades Medievales contribuyeron a restarle autoridad a los charlatanes (muy abundantes en proctología) y a dignificar la actividad de los médicos y cirujanos.

En Inglaterra, la lucha entre cirujanos y barberos fue igualmente enconada. Los

maestros cirujanos formaron una entidad separada el año 1368 y a los barberos, casi un siglo más tarde (1462), les fue reconocida por Eduardo IV su constitución como sociedad independiente, quedando constancia de la medida en el acta de la Cámara de los Comunes del año 1463. Los barberos-cirujanos pasaban a ser entonces «cirujanos de las heridas».

La Escuela Médica de Salerno fue la primera que adquirió gran prestigio en el mundo medieval. Roger de Palermo, uno de sus hombres más selectos, empleaba para la curación de las fístulas anales el método alejandrino de la «apolinosis». G. Saliceto (1245) parece que no conocía la técnica propuesta por Hughes de Lucques, el gran maestro del siglo XIII, «la apolinosis más la incisión», sino que utilizaba sólo la «apolinosis», pero el hilo que empleaba estaba lleno de nudos para que irritase más y cortase mejor. El mismo reconocía que a veces este método producía resultados funestos (!).

John Árdeme

La historia de la proctología encuentra en el medioevo a uno de sus representantes más ilustres, el gran cirujano inglés John Árdeme, a quien se puede calificar como un magnífico especialista por sus conocimientos anatómicos de la región y por su dedicación a la materia. Árdeme nació en Newark (Nottinghamshire) en 1307, de donde pasó a Londres, llegando como cirujano militar a actuar en la guerra de los Cien Años; fue médico del duque de Lancaster, el «Príncipe Negro». Escribió en 1349 un ensayo sobre los enemas e inventó instrumentos quirúrgicos. Su obra maestra fue *Practica Magistri Johannis de Árdeme*, en la cual condensó toda su experiencia y conocimientos de la cirugía anorrectal. Dicho tratado fue escrito en latín en 1370 y parcialmente traducido y publicado en inglés por John Read en 1588. El resto quedó en forma de manuscrito, cuyo original se conserva en el British Museum, y la reproducción hecha por D'Arcy Power se exhibe en la Biblioteca de los Cirujanos, en Washington.

El manuscrito de Árdeme contiene las ilustraciones del instrumental que el autor empleaba en el tratamiento de las fístulas de ano y formula los principios básicos que él utilizaba en su tratamiento quirúrgico, obteniendo al parecer muy buenos resultados, aunque la modestia natural de este hombre le obligaba a decir: «Los antiguos han confesado no haber encontrado medio alguno de curación de la fístula... porque Dios»

el distribuidor de la ciencia, oculta a los prudentes y sabios muchas cosas que se digna revelar a los sencillos.»

Pietro D'Argelata (1423), discípulo de Guy de Chauliac, quizás el mejor cirujano de su tiempo, en su libro *Chirurgie*, editado en Venecia en 1480, describe también una técnica para el tratamiento de las fístulas.

En el Renacimiento la cultura médica no podía estacionarse frente al movimiento científico que caracterizó dicha época. El estudio de las artes y las ciencias alcanzó cotas significativas. Los humanistas de Italia, al igual que los sofistas de Atenas, propulsaron con sus enseñanzas el conocimiento universal; la imprenta favoreció esta corriente de elevación espiritual. El emblema de Campanella *sentiré est scire* (sentir es comprender) fue la divisa de la época. El primer y más grande humanista médico de Italia fue Leoniceus (1500). Inglaterra tuvo el suyo en Linacre, Francia en Rabelais y Ambrosio Paré, Bélgica en Vesalio, Suiza en Paracelso, etc. De todos ellos, fueron Ambrosio Paré y Vesalio quienes nos dejaron más documentos de sus conocimientos proctológicos.

Paré desterró el aforismo hipocrático de que «las enfermedades no curables por el hierro se curan por el fuego». Empleaba para el tratamiento de las fístulas el método de la apolinosis o bien las incidía con el siringótomo. Vesalio nos legó una magnífica información de la anatomía del recto y del colon, con unos grabados en madera que conservan magnífica actualidad.

Otros nombres señeros en la historia proctológica de esta época fueron Leonardo da Vinci y sobre todo Jerome Fabrice D'Acquapendente (1537-1619), según Simonetti el más grande proctólogo del Renacimiento; escribió *Opera Chirurgica*, en donde comenta el método de Celso para el tratamiento de las fístulas, las modificaciones que él hace y-el instrumental de la especialidad que emplea.

En Francia, los charlatanes disfrutaban de la misma o mayor reputación que hombres de ciencia tan afamados como Paré.

Un acontecimiento, sin embargo, vino inesperadamente a dar oportunidad a la aplicación de un método quirúrgico, con tan resonado éxito, por la ilustre alcurnia del

beneficiario, que el concepto de los cirujanos se dignificó notablemente y los charlatanes se hundieron, como dice Garat, en el desprestigio más desolador.

La operación de Luis XIV de Francia, el Rey Sol

Los tratamientos a que fue sometido el Rey Sol por padecer una fístula anal no representan sólo una curiosidad histórica de aquella época, sino también una perfecta puesta al día de todos los medios conocidos para la curación de las fístulas de ano en la segunda mitad del siglo XVII. Luis XIV padecía una fístula anal desde hacía diez años y fallaban todos los tratamientos a que eran sometidos los enfermos diagnosticados de una afección similar (¡con los cuales cada cirujano ensayaba su nueva técnica!).

D'Aquin, el médico del rey, una especie de Dr. Purgon de la época, escribió el *Journal de la Sanie du Roí Louis XIV*, que se conserva en la Biblioteca Nacional de París, e insistía también en el tratamiento médico a base de purgantes, instilaciones locales de cáusticos, fagedénicos y cauterizantes.

Al no haber resultado curado ninguno de los referidos súbditos sometidos durante un año al experimento, se autorizó a los cirujanos Félix de Tassy (primer cirujano real) y Bessiéres a abrir las reales carnes de Su Majestad. Dice Simonetti que Bessiéres era un excelente cirujano especializado en fístulas y probablemente, aunque no se hable de él en algunos tratados, el hombre resolutivo y eficaz en la curación de Luis XIV.

Historia y Literatura

De la pléyade ilustre del pensamiento y del arte del siglo xvii, Shakespeare, Milton, Velázquez, Rem-brandt, Bach, Cervantes, Moliere, Bacon, Descartes, etc., merece ser destacado el nombre de Shakespeare que se vincula a la historia de la proctología a través de su obra *All's well íhat ends well* («Bien está lo que bien acaba»), en la cual inmortalizó la fístula anal. Sería interesante que un nuevo Gabanes investigase sobre la repercusión de estas enfermedades en la vida y obra de grandes personajes históricos. Por ejemplo, algún historiador ha comentado que una crisis de hemorroides tuvo su importancia en la batalla de Waterloo, puesto que el Emperador, con dolores aquella mañana, no pudo montar a caballo hasta las 10, una hora demasiado tardía para dirigir y enderezar el curso de la batalla. (Marchand, ayuda de cámara de

Napoleón, niega esta anécdota.)

Famosos enfermos fueron Lulero, que escribió sobre sus hemorroides; Richelieu, Etienne de Inglaterra, Enrique VI, Tiberio, Luis XI, Montaigne, Enrique V, muerto a los 35 años (en 1422) de una fístula *which surgeons at íhat time had not the skill to cure* (Hume's, *History of England*). Don Juan de Austria, el vencedor de Lepante, murió en Namur a consecuencia de una hemorragia rectal, cuatro horas después de haber sido operado de hemorroides. El zar de Rusia Pedro III parece que murió también víctima de una «fuerte crisis hemorroidea» (?).

El hospital St. Mark's

En el siglo XVIII es la Universidad de Padua la que marcha en vanguardia de los estudios proctológicos; pero en el siglo XIX, al fundar Frederick Salmón en Londres el Hospital St. Mark's, se traslada allí, creo, el interés mayor por las enfermedades del recto.

Frederick Salmón fundó el Hospital en el año 1835 para «los pobres que sufrían fístula y otras enfermedades del recto». Al principio era una pequeña habitación en Aldergate Street, # 11, y allí estuvo durante tres años. Luego se trasladó al 38 de Charterhouse Square.

En Aldergate había 7 camas, y el primer año ya hubo 131 enfermos internados. En Charterhouse dispuso de 14 camas, y allí estuvo 13 años hasta que se trasladó a City Road, en donde sigue con el título de «St. Mark's Hospital for Fístula and other Diseases of the Rectum».

Esta institución demuestra lo que puede la fe y la constancia de un hombre, porque Salmón tuvo que soportar muchas oposiciones y críticas, y trabajó sólo durante unos veinte años. Cuando se retiró, en 1859, se dijo de él no sólo que era un *hard worker*, sino también un *lucky surgeons*, pues tenía en su haber 3 500 operaciones sin un solo resultado fatal. Claro que hay que suponer que muchas de estas operaciones serían menos graves que las actuales. El Hospital lo fundó a los 39 años y se retiró a los 63. Murió a los 72 años. Escribió asimismo *Practica! Treatise on Stricture of the Rectum*.

Dos años antes de retirarse Salmón, entraron en el Hospital James Robert Lañe y Peter Yeames Gowlland. Posteriormente formaron parte de la plantilla William Allingham, Sir Alfred Cooper, David H. Goodsall, Swinford Edwards, Charles Wallis, Percy Furnivall y, ya en este siglo, Percy Lockhart-Mummery, Aslett Baldwin, Gordon-Watson, Graeme Anderson y Lionel C. Norbury. En 1920 entra W.B. Gabriel, y luego Milligan, Sir Cliford Naumton Morgan, Lloyd-Davies, Thompson, Goligher, Lockhart-Mummery (Jr.), Parks, Toddt y recientemente Mann y Fowley. Es decir, la herencia de Salmón fue fructífera para «los pobres que padecen del recto». Debemos añadir a estos nombres señeros de la cirugía los médicos, radiólogos, anestesiistas, patólogos (como Dukes y Morson), y se comprenderá que el Hospital St. Mark's es una institución ejemplar en la historia de la proctología.

Resumen final

En 1853, el francés Desormaux utiliza por primera vez un tubo metálico con iluminación especial para poder examinar el recto, inaugurando así la endoscopia rectosigmoidea. Poco tiempo después, Kelly, de Baltimore, emplea endoscopios de mayor calibre, que fueron perfeccionados sucesivamente por Pennintong, Laws, Tuttle, Lockhart-Mummery, Strauss, Quenú, Duval, Hartmann, R. Bensaude, etc.

El guante y el dedil de goma se usan desde 1896 (un año después del rectoscopio de Kelly). Antes de esta fecha costaba trabajo convencer a los médicos de que el uso del dedil de goma no disminuía la sensibilidad del dedo.

Hoy la proctología está extendida por todo el mundo, y tal vez sean Estados Unidos y Francia los países donde ha tenido más brillantes cultivadores, aunque, afortunadamente para la especialidad, en todas partes hay magnificas escuelas y destacados cirujanos colorrectales. A nosotros sólo nos interesaba subrayar lo que debemos a nuestro pasado, pues en alguna medida esto siempre condiciona el futuro.

Lo que aconteció en tiempos más o menos remotos es lo que, de algún modo, determina las líneas maestras de nuestros trabajos y de nuestra indagación positiva. Porque, en definitiva, ayer como hoy y hoy como mañana, todo lo que vamos llevando a cabo es siempre el resultado de un esfuerzo mantenido en la historia: el esfuerzo

por conocer, del que hablaba Aristóteles, lo que define esencialmente a la criatura humana.

** Director del Instituto Policlínico "La Rosaleda". Jefe del Servicio de Cirugía General del Centro de Diagnóstico y Tratamiento de la S.S. "Concepción Arenal". Santiago de Compostela, España.*

Tomado del texto "Temas de Coloproctología", Tomo I, de Javier Lentini, edición revolucionaria, 1982, en colaboración con 102 coautores de doce países.